Página/12

ESCUELA PARA PADRES

4 Los chicos del Tercer Milenio por Eva Giberti

El recién nacido



FOTO: DANIEL GUEMES

Ante la duda...

Eva Giberti

Licenciada en psicología de la Universidad Nacional de Buenosa Aires.
Psicoterapeuta.
Representante en Argentina de la Federación Internacional de Escuelas para Padres y Educadores (con sede en Francia)
Docente en universidades nacionales y latinoamericanas.
Co-directora de la Maestría en Ciencias de la Familia, Universidad Nacional de Gral. San Martín.
Dirige el área de adopción en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.
Sus libros *Escuelas para Padres* y *Adolescencia y Educación Sexual* agotaron todas las ediciones. Escribió, entre otros textos, *La adopción*, *Hijos del Rock*, *Política y Niñez* (en colaboración) *Incesto paterno filial*. *Tiempos de mujer*
Es autora de numerosos ensayos y colaboraciones publicadas en **Página /12** y otros periódicos nacionales.

EDICION: *Marta Dillon*
DISEÑO: *Ros*
DIAGRAMACION: *J.R*
FOTOS: *Image Bank salvo donde se indica*
ILUSTRACIONES: *Augusto Costanzo*

El interés que muestran los padres después de leer los fascículos de Escuela para Padres y que se manifiesta en la correspondencia que recibimos nos obliga a abrir este espacio donde la autora concentrará las preguntas de contenido semejante. Se responderán en la medida de lo posible pero no se atenderán casos particulares.

¿El padre se pone celoso de la atención que su mujer le dedica al bebé? ¿O es una creencia sin fundamento?

La presencia de un bebé en la casa, incorporado en la pareja, produce reacciones de diversa índole en los padres. Los celos son una de ellas. Aunque resulte extraño asumir que un adulto puede sentir celos de una criatura recién nacida, suele suceder así. Cuando el padre observa las caricias, los mimos, las palabras tiernas que su mujer dedica a ese bebé es posible que se sienta sacudido, especialmente porque descubre a una mujer que él no conocía. En realidad los celos los siente ante la aparición de una mujer-madre que se anuncia ante él y lo sorprende con un nuevo comportamiento creado para el hijo, en particular si se trata del primer hijo de la pareja.

Una vivencia es la de haber perdido la preferencia pero, al mismo tiempo, padece sentimientos de culpa por sus celos que se organizan alrededor del bebé, convertido en tercero en discordia. Para complejizar más aún el cuadro, no se atreve a hablar del tema con su mujer, es decir se siente avergonzado por sus propios afectos.

Hacerse cargo de la paternidad no es sencillo y en ocasiones los celos forman parte de las reacciones que pueden esperarse en un padre novel.

Eva Giberti

Las preguntas de los padres se podrán enviar por e mail a lectores@pagina12.com.ar o por correo a Belgrano 673, (1097) Capital Federal.

El nuevo entorno del bebé: La teta, los abuelos, el mundo.

Se supone que el bebé es particularmente sensible a los estímulos que provienen del mundo exterior, y se supone bien. Tanto los ruidos como los cambios de temperatura forman parte de ese mundo exterior del cual se protege a su sensibilidad que es facilmente vulnerable. Por ejemplo: el bebé se sobresalta si imprevistamente se eleva el volumen del televisor.

Pero elmundo exterior que lo acompaña es mucho más complejo e incluye las voces y las figuras de los adultos, de otros niños y de los animales que puede haber en la casa. también incluye el contacto con el pecho de su mamá y con la mamadera. En ese mundo exterior se encontrará con los objetos que producen sonidos como el teléfono, la licuadora, el teclado de la computadora y con objetos capaces de envolverlo y sostenerlo en el aire, como la mochilita que transportará, colgado y apoyado contra el cuerpo de su mamá o de su papá mientras ellos caminan por la calle.

Formando parte de ese entorno dentro del cual el bebé inicia su tránsito en nuestro mundo, se crean nuevos espacios diferentes del que conoció cuando estaba en el útero. Es importante tener en cuenta la creación de este espacio que rodea al bebé que se caracteriza porque en él se desarrollan actividades y vínculos entre personas que influirán en su crecimiento. UN lugar privilegiado en dicho espacio es el que



ocupa su mamá que, al comunicarse con su hijo pone en juego su propia historia. Se acerca a él con las experiencias y deseos que tuvo siendo niña y más tarde cuando adulta so;aba con concebirlo. Es decir, sin imaginárselo compromete dos sistemas de su vida psíquica al ponerse en contacto con su hijo. Podrá privilegiar su modo infantil de vincularse con el bebé, como si ella misma mantuviese el estatuto de la niña que ella fue, o bien narcisizando su función maternante como podría hacerlo una mujer adulta.

El bebé, a su vez, depende de esa presencia para aliviar las tensiones que le produce el hambre y otros estímulos que provienen del interior de su cuerpo, que lo intranquilizan y le producen displacer. Pero al mismo tiempo, la madre que es capaz de apaciguarlo le provee otros estímulos excitantes debido a la seducción que inevitablemente se produce en el contacto íntimo con el pecho. La complejidad de esata relación es una parte del entorno en el cual el bebé crece, en oportunidades formando parte él mismo de ese contexto cuando "se prende" en el pecho, y también cuando ese entorno resulta ilustrado por las diferencias que pueden suscitarse entre algunos miembros de la familia con motivo del nacimiento. Por ejemplo, los enfrentamientos que a veces se producen entre las abuelas deseosas de opinar acerca de lo que más conviene al nieto, en realidad tomando partido por su hijo o por su hija. La presencia de las abuelas puede resultar clave en la organización del contexto en el que crece el bebé puesto que ellas testimonian la presencia de lo transgeneracional, el paso de una generación a otra. Ellas, representantes de una generación cuya experiencia puede ser aprovechada o desdeñada según sean las relaciones entre suegras y esposas del hijo. No dejemos de advertir que la esposa del hijo es la mamá del bebé que nos ocupa. Y sobre esa misma mujer, la que ahora es abuela tuvo enorme trascendencia cuando su hija era una niña. De allí su otra presencia oculta en el contexto del bebé: a través de la historia de la mamá cuando era una niña.

Tomar la teta: sosiego y placer

Un recién nacido se entrenó durante varios meses en conectarse con su mamá, moviéndose dentro de ella, escuchándola hablar, reírse, gritar, acompañado por el ritmo del corazón materno que él escuchaba en el interior silencioso de su cuerpo; por eso colocarlo en el pecho desnudo de esa mujer es la continuación de un romance que ambos iniciaron antes de que él naciera y que trae al bebé calma y alivio para su hambre. Pero, ¿y si no se prende a la teta? ¿Qué hacer cuando hay que volver al trabajo?

Gracias a los avances de la puericultura, las distintas opiniones sobre la lactancia se dirigen hoy en día a una pregunta: ¿cuánto tiempo amamantar? Tal vez convenga comenzar desde el primer día de vida. Inmediatamente de nacido, el bebé se coloca en el pecho, no porque él esté decidido a ensayar la succión, sino porque el seno desnudo de la madre es tranquilizante: reproduce la temperatura que el bebé conoce y los latidos cardíacos que lo acompañaron durante su gestación. "¡Eh! ¡No exagere! ¿Cómo un recién nacido va a darse cuenta de todo eso?", podría apuntarme algún incrédulo. "Si lo único que hace es dormir..." Podría añadir ese imaginario interlocutor. Además de intentar –y a veces conseguir– chuparse un dedito, el bebé dentro del útero fue adquiriendo un saber acerca de ese cuerpo que lo envolvía y que, al salir al mundo se le presenta como su mamá. Por eso, al nacer, el bebé ya tenía una historia con ella, propia de esa relación. Entonces, colocarlo en el pecho desnudo de esa mujer es la continuación de aquel romance que ambos iniciaron en el interior silencioso del cuerpo que lo contenía. La primera relación piel a piel, o piel con piel que entabla un bebé, se lleva a cabo con su mamá, en el momento de pasar por la vagina, transformada en canal de parto. Una vez en este mundo, las pieles adquieren un protagonismo principal: constituyen el símbolo de la caricia, del roce, el contorno del apretón y del abrazo, y el filtro de la temperatura que irradia el cuerpo debajo de ella. Además, la piel es una representante privilegiada del sistema nervioso: sus reacciones no son ajenas a las emociones que la sonrojan o empalidecen. Entonces, el comienzo del amamantar empieza con la carita y el cuerpo del bebé sobre el pecho desnudo de su mamá.

Cualquiera que haya visto qué sucede cuando la madre acerca al bebé a su pezón recordará el inmediato despliegue del reflejo que lo lleva a mover los labios intentando chupar. Algunos bebés no lo hacen inmediatamente, otros sí. Amamantarse forma parte de los mecanismos que se denominan autocalmantes y, cuando el pecho materno segrega leche, también se producirán los reflejos de deglución que le permitirán al bebé alimentarse. Mamar y deglutir constituyen, junto con el respirar, los primeros ensayos gimnásticos del bebé. Chupar y tragar forman parte de una acción muscular coordinada, que pone en juego, nada menos, que los primeros músculos sobre los que tendrá dominio.

La importancia que tendrá la boca en el destino posterior del ser humano comienza a perfilarse en los comienzos de la vida, cuando el bebé chupa: mediante la mucosa que recubre la boca ensayará una forma de tacto al sentir el pezón como algo sólido rozando contra ella; además sentirá el sabor y el olor de la leche materna y la tibieza de la misma. A la complejidad de esta experiencia se añade un ejercicio formidable: la unión entre el "afuera" del bebé, es decir la leche que proviene del pecho y su "adentro", o sea, su esófago y su pancita. Dos regiones separadas que se vinculan a partir de la deglución.

Y cuando, durante el amamantamiento, el bebé abre y cierra su manito sobre el pecho, ese movimien-

to está acompañando el ritmo de su deglución, como si para él mamar y abrir y cerrar su manito constituyera una unidad. Es un ejercicio que intenta organizar las sensaciones externas con las que brotan de su cuerpo: es posible que registre el movimiento de su mano como algo que proviene de su interior.

Sucede de ese modo porque aún no diferencia el mundo exterior de él mismo, o sea, sus percepciones del mundo que lo rodea pasan a formar parte de sus registros sensoriales como si se tratara de estímulos que provienen del interior de su cuerpo. Progresivamente adquirirá registro de la percepción "a distancia" y podrá mirar a su mamá de otro modo, distinguiéndola de él mismo. Pero mientras transcurren un par de meses para que esto suceda, el aleteo de sus manitas sobre el pecho materno se asocia con la succión y la deglución, de manera que, manitas y boca que chupa, junto con el contacto cuerpo a cuerpo con su mamá, organizan un área de intimidad que se relacionará con la sensación de panza vacía y su posterior alivio.

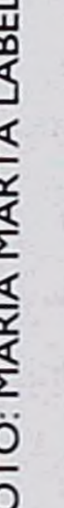
Es decir, una complejísima construcción psíquica-fisiológica que pone en relación determinadas actividades del bebé (percepción, succión, deglución, tacto, registro de sabor, temperatura, encuentro con el regazo) con la capacidad de la madre para sostenerlo de modo confortable mientras mama, acariciarlo y comprender que es lo que el bebé precisa. El psiquismo de la madre está comprometido con el desarrollo del psiquismo del bebé en lo que posteriormente será su capacidad para crear pensamientos y símbolos.

PARA TENER EN CUENTA

Una circunstancia que no siempre se tiene en cuenta reside en que con frecuencia la mucosa de la boca se reseca como efecto de su contacto con el aire ambiente y debido a que aún no produce saliva suficiente para humedecer la le produce incomodidad y a veces inquietud. Conviene estar alerta, puesto que la estadía en el seno anuncia la posibilidad de encontrar consuelo en alguna parte, y a partir de esa experiencia temprana, la calma que deriva del contacto con el pecho materno se convertirá, para los adultos, en un puerto de nostalgias al cual no es posible retornar.

Al margen de los bebés decididos a "prenderse", encontramos a aquellos que parecería que opusieran resistencia, o sea, no logran acomodarse para chupar. Puede deberse a diversos motivos, y existen ejemplos distintos para ilustrar esta dificultad; el pediatra será siempre aquel que indique qué conviene hacer.

Cuando la madre no logró proteger la piel de sus pezones, masajeándolos con crema –o el producto que ella eligiera– durante el embarazo, pueden producirse grietas dolorosas



REFLEXIÓN: Después de lo expuesto hasta aquí, parecería inútil recomendar que cuando se da el pecho conviene no estar, al mismo tiempo, mirando televisión, como hecho habitual.

que interceptan el placer materno de amamantar. Tampoco es inútil advertir acerca de otra práctica cuya enseñanza podría considerarse obvia: ponerse al bebé en el pecho por primera vez. La experiencia me evidenció que en algunos cursos preparatorios para el parto quienes están a cargo de los mismos desatienden esta enseñanza. Entonces las jóvenes madres no aciertan a separar la curva del pecho de la naricita del bebé, de modo que éste no puede respirar, o sea, se retira del pecho tirando, como puede, la cabecita hacia atrás; o bien, mujeres que, recién paridas, no se mueven cómodamente y no consiguen acomodar su abrazo al cuerpecito cuyos movimientos y cuyo contorno aún son poco conocidos para ellas. Entre las demandas que convendría que las embarazadas propusiesen en estos cursos, el ensayo acerca del amamantamiento, así como el cambio de pañales, debería insertarse como una rutina infaltable.

LAS MUJERES, ¿SABEN DARLE AL BEBÉ LO QUE NECESITA?

En realidad, no todas las madres aciertan; las descripciones de las torpezas, equivocaciones, imposibilidad de registrar qué es lo que el bebé precisa repleta las páginas de los libros que los psicoanalistas escribimos para describir a los distintos tipos de madres que hacen todo al revés, si se tiene en cuenta lo que un bebé puede necesitar. Pero claro, esas descripciones que se clasifican como psicopatologías de las mujeres-madres, cuyos desaciertos producirían catástrofes psicológicas en los hijos, en un buen porcentaje han sido escritas por varones con escasos conocimientos acerca de los Estudios de la mujer y con una notaqble tendencia a culpabilizar a las madres. Y aquellos textos escritos por profesionales mujeres, reiteran, habitualmente, lo ya dicho por los varones, salvando algunas notables excepciones.

Entonces sería necesario incorporar lo que se denomina una lectura de género. ¿Qué quiere decir? Que desde mediados de siglo existe una disciplina, los Estudios de Género, que analiza lo que se ha dicho, pensado y escrito acerca de los hombres y de las mujeres. Dichos estudios pusieron en evidencia que tanto la filosofía, la medicina, el derecho, el psicoanálisis son producciones masculinas. Las mujeres no tuvieron espacio social –ni posibilidades de educación suficientes– como para decir lo propio y convertir sus experiencias en teorí-



¿Al lado de mamá?

Durante años se discutió, y aún continúan las diferencias de criterios, acerca de mantener al bebé al lado de su madre o bien conducirlo a la nurserie del sanatorio -en los servicios hospitalarios donde las mamás comparten una sala común, todos los bebés quedan al lado de ellas– ¿Cuál es el mejor criterio?

Quienes están a favor de la nurserie insisten en que así se evita el contacto con las visitas y, además, la madre puede descansar. No me parecen argumentos suficientes para separar al bebé de la mujer que acaba de parirlo, dado que la madre siente necesidad psicológica y biológica de mantenerlo junto a ella y, según las últimas investigaciones, los bebés no serían indiferentes a esta cercanía. No en vano vivió, en carácter de embrión primero, de feto después y por fin de bebé, durante nueve meses en la intimidad de ese cuerpo de mujer.

El clima afectivo que se establece entre la madre y el hijo a su lado no se asemeja a la indiferente acumulación de cunitas de la nurserie. En ese lugar, sin duda correctamente atendido por nurses y enfermeras especializadas, falta la mirada materna que inviste, envuelve, rodea y penetra en el bebé ensayando el reconocimiento del hijo.

Por el contrario, si el bebé se acopla a la cama donde la madre reposa, ella, además de mirarlo, podrá tocarlo y escucharlo respirar. La respiración es una nueva, maravillosa y turbulenta actividad que los recién nacidos inauguran, ya que mientras estuvieron en el recinto uterino respiraban por pulmón ajeno, el de su mamá; pero al nacer, los diminutos bronquios del bebé se transforman en fuelles poderosos que se abren y se cierran rítmicamente aprendiendo a respirar como un terrícola.

La observación actual de los recién nacidos nos autoriza a sospechar que ese aislamiento del mundo exterior en el que se suponía al recién nacido podría no ser así: los ojos de los bebés observados están abiertos y siguen el recorrido de una luz cercana. Tampoco es extraño que durante el segundo o tercer día giren la cabeza hacia el lugar del cual proviene la voz de la madre.

El y su mamá compartirán para siempre el mundo externo y durante los primeros meses de vida del bebé se creará un nuevo nivel de relación entre ellos que comenzará por el registro de la separación que significa nacer: pérdida para la mujer, que se desprende de ese cuerpo con el que convivió íntimamente durante meses, y pérdida para el bebé, que abandonó el recinto donde creció desde que fue concebido. Separación y pérdida no son equivalentes, pero en esta circunstancia ambas se superponen.

Este es el primer ensayo preparatorio de las separaciones venideras: a medida que crezca el bebé deberá abandonar del pecho, separarse de él, así como aprenderá a caminar separándose de los brazos de los adultos. Entonces no es difícil comprender la brusquedad que significa transportar al bebé, después de su vida dentro del útero, a un recinto absolutamente ajeno a ese entorno, caracterizado por la ausencia de la madre.

Estar juntos durante las primeras horas de vida facilita la creación de un contexto, es decir, de un "afuera" para ambos que comienza a producir un nuevo sentido para cada uno: el bebé sólo puede sentir calma o sufrimiento, pero su mamá tiene que inventar nuevos sentimientos para adecuarse a esa criatura, o sea, aprenderá a sentir de acuerdo con lo que el contacto con el bebé le produzca y según los vaivenes de su vida psíquica, acordes o inquietantes según sea lo que ese niño represente para ella.

No sabemos si es o no traumático para un recién nacido ser llevado a la nurserie, pero indudablemente así incorpora una experiencia que quiebra la atmósfera de intimidad madre-hijo y posterga el aprendizaje del sentirse juntos después de la impresionante experiencia de parir y de nacer.

En ocasión de una cesárea o de un parto sumamente laborioso y fatigante puede ser válida, para algunas mujeres, la separación de ambos, pero la evidencia nos muestra que, cada vez con mayor frecuencia, se mantiene a la madre y al hijo juntos, en lo que los norteamericanos bautizaron como *rooming inn.*

REFLEXIÓN: ¿Cuál es la necesidad de la mamá? ¿Quedarse con el bebé o depositarlo en la nurserie? Esta es la pregunta a cargo del padre, ya que él podrá acompañar a su mujer en lo que desea; al mismo tiempo que opinar, como padre, qué le parece mejor para esta familia que la presencia del bebé redefine. Y según sean los deseos compartidos, diseñarán cómo querrán transcurrir las primeras horas del nuevo vínculo.

Parecería que **destetar** al hijo implicaría despojar al bebé de un derecho indiscutible. Pero se contrapone con el **derecho** de la **mujer** de retomar sus actividades como una persona **que** no solamente es madre.

as científicas, que fue lo que hicieron los hombres. Entonces, las madres incompetentes, "capaces de enfermar a los bebés", por citar un solo ejemplo, fueron descriptas por los varones de acuerdo con su mirada acerca de lo que ellos creyeron que debíamos hacer las mujeres y cómo debíamos hacerlo; y los diagnósticos acerca de las alteraciones de los bebés comenzaron a depender solamente de lo que las madres hacían o dejaban de hacer. Si bien es indiscutible la potencia de la relación madre-bebé, y podemos verificar cuánto pesan en el desarrollo de un bebé las características tiernas, agresivas o indiferentes de una madre, es necesario preguntarse por qué tanta presión psicológica sobre ellas cuando se las acusa de estropear la vida psíquica de sus hijos, sin tener en cuenta, entre otras variables, lo que se denomina la dotación genética, como contenido de los cromosomas. Por cierto que dicha dotación dependerá, para su emulación o inhibición, de la crianza y de los adultos que se hagan cargo de ella. Cualquiera sea la proporción biológica, será preciso no biologizar el comportamiento del bebé, sino aceptar la responsabilidad de la presencia materna, que, sin embargo, no debería continuar describiéndose, sistemáticamente y sin matizar, de acuerdo con los términos de la psicopatología. El tema aparecerá reiteradamente en Escuela para Padres porque estimo que interesa plantearlo.

¿HASTA CUÁNDO AMAMANTAR?

"¿Hasta el año? ¡Ah, no!", podría afirmar enfáticamente cualquier mamá, ya que en la vida urbana es poco probable que se encuentre un bebé en esas condiciones; sin embargo, en provincia y en áreas campesinas esa costumbre todavía se mantiene. ¿Entonces? En este punto, la opinión de los pediatras es clave: algunos insisten con la lactancia "todo lo que se pueda", mientras otros alrededor de los cinco meses comienzan a sugerir la preparación para el destete.

Y la madre, ¿qué quiere hacer? A veces podrá elegir, pero por lo general esa elección está limitada por la necesidad de retomar el trabajo extradoméstico; volver a la oficina, al negocio, a la fábrica o adonde sea, marca el tiempo del destete, cualquiera hubiese sido la decisión materna. La excepción está dada por aquellas mujeres cuyas ocupaciones les permiten manejar los horarios de manera tal que mantienen las "mamadas" de la mañana, del mediodía y del final del día hasta los ocho o nueve meses del bebé.

El amamantamiento forma parte de las políticas del género mujer, ya que la lactancia constituye una medida de los tiempos maternos. Si una mujer adhiere a una lactancia que se mantenga durante seis o siete meses, deberá hacerlo al costo de sus actividades laborales o estudiantiles. Poco probable es que pueda concurrir a la universidad o a su trabajo llevando al bebé para que no pierda el pecho.

Entonces, interrumpir la lactancia a partir de la decisión de las mujeres que dan prioridad al retorno a su trabajo es uno de los puntos de inflexión para el sentimiento de culpa que podría instalarse en ellas.

¿CULPA POR QUÉ?

Parecería que destetar al hijo implicaría despojar al bebé de un de-

Reflexión: El bebé no accede al pecho sólo "para" alimentarse; entre la madre y él gestionan una índole de placer insustituible e incomparable que no se ciñe a la lactancia.



FOTO: JULIETA LENZI

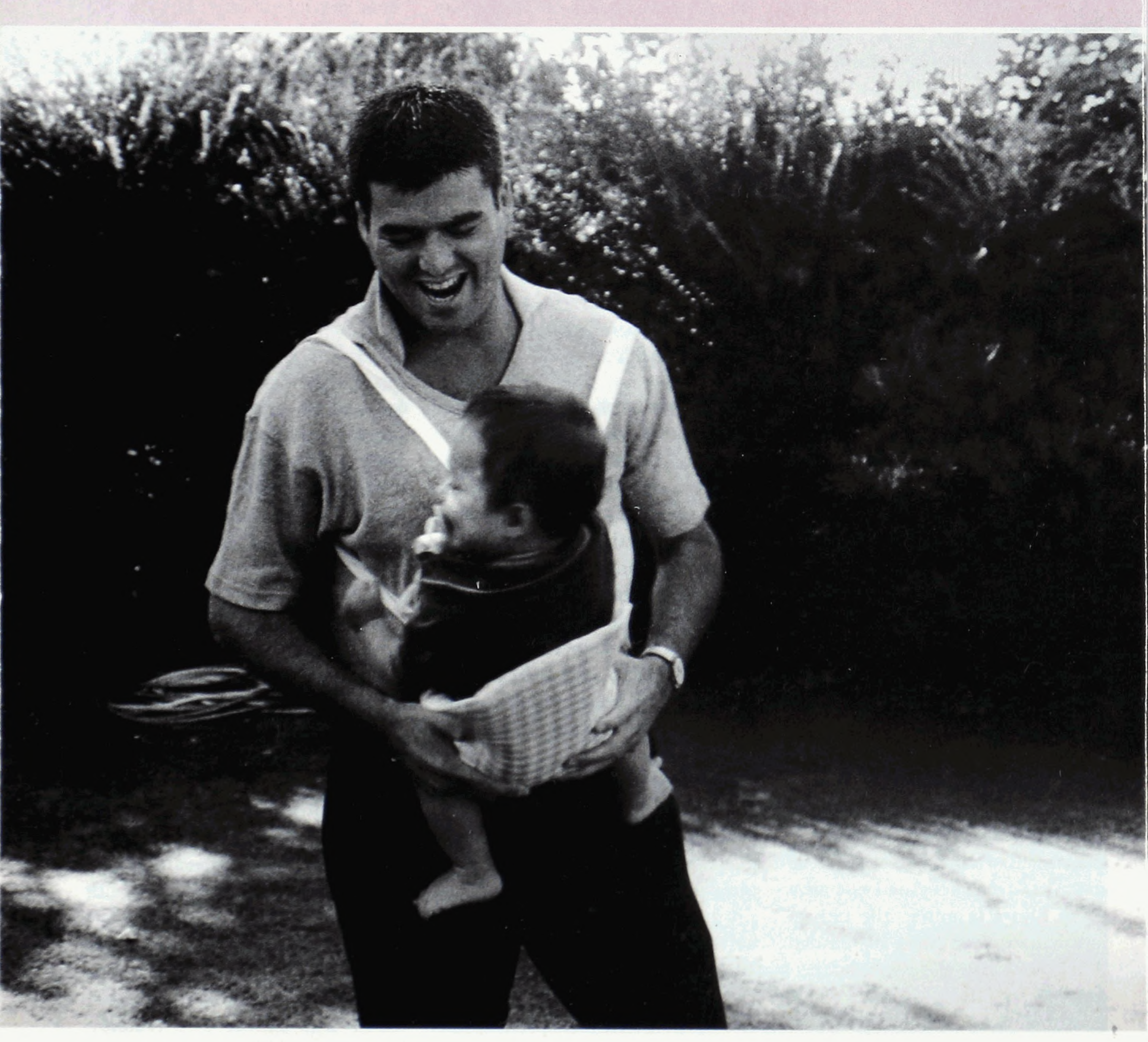
recho indiscutible: perdurar en el pecho materno mientras la madre esté en condiciones físicas para amamantar. Pero ese derecho del bebé se contrapone con un derecho de la madre: retomar sus actividades como una persona que no solamente es madre, sino que tiene responsabilidades en otras áreas de la vida, por ejemplo, en un trabajo. Entonces, si bien puede recomendarse el comienzo del destete entre los cinco y seis meses, con frecuencia se lo inicia a los tres o cuatro meses del bebé, según sean las obligaciones laborales maternas. En paralelo, es posible resguardar "una mamada" a pesar de concurrir a una actividad que aleja de su hijo a la mujer que trabaja fuera de su casa; dicha posibilidad se relaciona con el deseo y la decisión materna de hacer perdurar este momento de intimidad. En estas circunstancias se trata de bebés que incorporaron comidas de acuerdo con su edad, pero que disfrutan del pecho asociado con el regreso a casa de su mamá. Transformar la separación del pecho en un sentimiento de culpa indica la fuerza de la presión cultural que conduce a las mujeres a dar el pecho como sinónimo de "buena madre". El biberón en manos del padre es una conquista de las últimas décadas que recrea la paternidad. Entonces, la maternidad no se regula por el amamntar: distintas razones de orden psicológico y también fisiológico pueden impedir o acortar el cumplimiento de esta función materna sin que ello signifique un rechazo del bebé o una incapacidad para maternar.

Como síntesis de la relación que entabla el bebé con el pecho (bebé que cuando es pequeño no diferencia ese seno de él mismo), subrayo que esta relación de bienestar que se entabla entre ambos se constituye, paulatinamente, en un vínculo de placer para ambos. Un placer sexualizado, con características propias y diferenciales para la madre y el hijo.

La sistemática tendencia a utilizar la figura de una madre dando el pecho a su hijo como símbolo de pureza, de sacralidad, encubre el núcleo del amamantamiento que está constituido por la intensidad del placer que sienten la madre y el hijo en dicha relación. Placer temido por la cultura porque transparenta la sexualidad que lo impregna; de allí que resulte tan difícil escuchar a las mujeres hablar de su goce al amamantar. La cultura patriarcal no puede asumir la imagen de una madre que goza, menos aún debido a su relación intensa con el hijo.

Los bebés ahora viajan colgados

Los bebés del fin de milenio inauguraron una experiencia antes reservada a ciertas culturas tradicionales: viajar colgados de sus papás o mamás. Como frutas sin madurar, adheridos al tronco donde los concibieron, los bebés reciben el estímulo de la calle protegidos por el sonido tranquilizador de los latidos cardíacos y la temperatura de ese cuerpo adulto sobre el que se duermen para descansar del fatigante trabajo de descubrir el mundo.



Como si fuera una fruta sin madurar, adherido al tronco donde lo concibieron, el bebé ingresa en el aprendizaje del contacto corporal que se diferencia de los brazos que lo bañan o que lo levantan de su cuna. Es una experiencia que inauguraron los bebés del fin de milenio para colaborar con sus madres, porque al ser transportados de ese modo dejan libres los brazos de las mujeres que cada día más tienen mucho quehacer.

Una nueva presencia transita en las calles de la ciudad: un hombre o una mujer caminan transportando al bebé que, acurrucadito contra el pecho de ellos, cuelga de una bolsa a la que llaman mochilita.

Pegadito al cuerpo de su papá o de su mamá, el bebé queda envuelto por la temperatura que ellos emanan, mezclada con el calor que producen la fibra y el algodón con que se confeccionó ese andamio de tela que lo sostiene de espaldas al mundo, pero al mismo tiempo conectado con ese mundo. Porque aprende a dormirse en mitad de la calle mientras su mamá hace la cola para subir al colectivo o sube y baja por las escaleras del shopping. También aprende a reconocer el ritmo de su paso mientras registra los latidos de su corazón.

Como si fuera una fruta sin madurar, adherido al tronco donde lo concibieron, el bebé ingresa en el aprendizaje del contacto corporal que se diferencia de los brazos que lo bañan o que lo levantan de su cuna. Es una experiencia que inauguraron los bebés del fin de milenio para colaborar con sus madres, porque al ser transportados de ese modo dejan libres los brazos de las mujeres que cada día más tienen mucho ***quehacer***. Los brazos maternos, en un alarde de eficacia, constatan que ahora pueden disponer de los movimientos que no podrían hacer si llevaran al bebé en sus brazos. ¿Comodidad para los padres o rescate del vínculo corporal temprano entre el bebé y ellos? No importa mucho, porque ambos planteos son válidos.

La mochilita se inspira en el modelo de las madres animales que transportan sobre sus cuerpos a sus crías: las monas y las canguras por ejemplo, que no necesitan salir a trabajar fuera de sus casas pero sí deben desplazarse en busca de alimento o huir de los peligros.

EL ENTORNO DEL BEBÉ

La aplicación de este accesorio introduce una novedad en la construcción del entorno del bebé. Históricamente ese entorno estaba construido por la habitación donde se había colocado la cuna, el resto de las habitaciones de la casa, el patio o el balcón, los ruidos emanados desde la tevé o la radio, los brazos de quienes lo alzaban, el sonido del teléfono, el agua donde chapotea cuando lo bañan, la mirada de los adultos y las maniobras del pediatra. Lo mismo que la teta de mamá, el berrinche de algún hermanito mayor y el olfateo cotidiano del gato o del perro que trepados a la cuna buscan reconocer al nuevo cachorro. Todo esto constituía el entorno tradicional de un bebé nacido en nuestra cultura.

Con la irrupción de las mochilitas, los bebés, transportados sobre el pecho materno –o colgados sobre la espalda según la tradición de las mujeres del Altiplano– se mantienen cercanos del ritmo cardíaco de sus madres, latido tranquilizador y garantía de historia uterina cuando todo era conocido y no hacía falta descubrir el mundo minuto tras minuto. Esta experiencia de ser un vigía permanentemente demandado por los estímulos del mundo exterior, descubriendo ruidos, formas, velocidades, temperaturas y brillos intempestivos, constituye un trabajo fatigante para los bebés y precisan darse tiempo, hacer pausas y descansar.

Cuando se los incorpora al mundo al nivel de la calle, los ruidos, los olores, los sacudones exigen una labor intensa por parte del bebé, labor que ellos llevaban a cabo durmiéndose en su cochecito. A veces las madres decían –aún lo hacen–: “Durmió todo el tiempo”, casi nostálgicas de la vigilia de esa criatura que ellas llevaban de paseo. En realidad, ese bebé durmió de acuerdo con su ritmo de sueño y además escapando de una exterioridad inquietante. Pero cuando

ese paseo se realiza refugiado en la coraza de tela que lo sostiene adherido al pecho de su mamá, las cosas cambian. Porque escucha un latido que lo tranquiliza, huele un cuerpo que conoce y palpa con su piel una temperatura que no se altera. Además, permite que el papá ingrese en esa dimensión de la temperatura humana que solamente los hijos producen. Esa temperatura que las mujeres reconocen, a mano alzada, cuando precisan saber si el hijo tiene fiebre o no, sin necesidad de termómetro.

LOS BEBÉS EN LA CALLE

Los bebés urbanos, a diferencia de los que son hijos de campesinos o de habitantes de áreas rurales, establecen de este modo una relación temprana con la calle, pero lo hacen de manera diferente de la que ponen en práctica los bebés que salen de paseo en cochecitos cuando tienen uno o dos meses. Son bebés ingresados en la calle mediante esta técnica derivada de una cultura que privilegia lo urbano y el veloz crecimiento de los chicos; no me consta que las mochilitas hayan sido creadas pensando en los matices psicológicos que yo describo, pero sí, conociendo la necesidad materna de trasladarse con el bebé cuando es preciso subirse a los colectivos o hacer compras, es decir, ocupada en tareas que no les permiten a las mujeres quedarse en su casa atendiendo exclusivamente a esa criatura. Y también permite viajar con el bebé sin depender del cochecito, pero... ¿No se sentirá incómodo con la naricita achatada contra el pecho de su mamá o aburrido, sin poder mirar hacia afuera y sin poder dormir acostado? ¿No correrá el riesgo de caer si se afloja uno de los tensores que sostienen la mochilita en la espalda del adulto?

Seguramente correrá el riesgo de caerse si atraviesa por esa situación, pero si una mamá no registra que esto le puede pasar estaremos frente a una mujer que no logró entenderse con su bebé ni con su maternidad; es probable que también lo dejase caer de sus brazos. En cuanto a la incomodidad que podría padecer, ¿ustedes conocen muchos bebés que se aguanten la incomodidad sin protestar? Si está incómodo protestará, el tema reside en hacerse cargo de esas protestas, detenerse, revisar la posición y la postura del bebé y corregir lo que funcione mal. Se trata de estar atenta a las dimensiones de la mochila y probar en casa antes de salir con el bebé.

Enhorabuena, entonces, los bebés colgados de las mochilitas porque de ese modo se inscriben en el orden de un equilibrio móvil y asegurador que permite transportarlos sin alejarse de ellos y, al mismo tiempo, generan un cuerpo a cuerpo que prolonga el encuadre de la panza materna. ¡Tantas veces hemos dicho y escrito que la cría humana nace inmadura y durante un buen tiempo precisa un útero social que lo proteja de los estímulos exteriores una vez nacido! La experiencia del cuerpo a cuerpo que la mochilita facilita es parte de esa protección que prolonga la inicial cercanía del bebé y de un adulto asegurador, tal como la conoció antes de nacer.

Paulatinamente se desprenderán, adultos y bebé, de ese andamio destinado al sostén callejero reproduciendo una pauta que se repetirá a lo largo de la vida: cuando un sistema de protección deja de ser necesario se prescinde de él. Así sucedió con la placenta, sucederá con los brazos adultos cuando empiece a caminar y ocurrirá con los permisos cuando crezca. También aprenderá a comer sin necesidad de recurrir a la leche materna de la que prescindirá en aras de los aportes alimentarios que le provea la cultura a la que pertenece.

Este modo de transitar por las calles, suspendido a la altura del pecho de su mamá, propicia una

Como si fuera una fruta sin madurar, **adherido** al tronco donde lo concibieron, el bebé ingresa en el aprendizaje del **contacto corporal** que se diferencia de los brazos que lo bañan o que lo levantan de su cuna. Es una **experiencia** que inauguraron los bebés del fin de milenio para **colaborar** con sus madres, porque al **ser transportados** de ese modo dejan **libres** los brazos de las mujeres que cada día más tienen mucho ***quehacer***.



Esa criatura con el correr del tiempo padecerá una serie de **pérdidas**: desde el **abandono** del **cochecito** que le servía de cama mientras fue chiquito para pasar a la cuna, hasta la **desaparición** de la **teta** y su **sustitución** por la cuchara y el puré.

particular relación entre el entorno, representante de una forma de cultura, un adulto y el bebé.

LAS PÉRDIDAS ASOCIADAS CON EL ENTORNO DEL BEBÉ

Como ya lo anticipamos el desarrollo de un ser humano está profundamente ligado a sus relaciones con su entorno y con las personas que desde allí lo acompañan: la articulación entre la vida psíquica del bebé, que es un fenómeno único, individual e incanjeable y ese entorno es lo que habrá de producir las características de personalidad.

Si nos atenemos a este criterio –que no es el único cuando se trata de explicar el desarrollo y crecimiento del niño y de la niña– tendremos que admitir que, si existe tal grado de dependencia del mundo exterior, esa criatura con el correr del tiempo padecerá una serie de pérdidas: desde el abandono del cochecito que le servía de cama mientras fue chiquito para pasar a la cuna, hasta la desaparición de la teta y su sustitución por la cuchara y el puré, habrá una considerable enumeración de pérdidas, de desprendimientos de objetos y de personas –o de parte de personas– muy amadas. Dichas pérdidas producen inquietud y malestar en el bebé que puede tener seis meses o algo más –y las registra claramente–; no es raro que aparezcan reacciones febriles sin causa aparente pero que los pediatras entrenados saben reconocer cuando interrogan hasta descubrir el origen psicológico reactivo de la misma.

En oportunidades no se trata de una fiebrecita sino de un rechazo hacia la comida, inclusive hacia el pecho o una negativa a dormirse o algún desorden respiratorio pasajero. No se trata sólo de la pérdida en sí que constituye un segundo momento de esta compleja situación en cuyos orígenes encontramos que los seres humanos, desde su infancia, necesitan conectarse con otras personas, con otros seres y objetos, así como precisan registrar el entorno que incluye paisajes, escenas, músicas, luces. Con todos ellos los bebés establecen relaciones de diversa índole: los miran, los escuchan, los tocan al mismo tiempo que son mirados, tocados y escuchados por casi todos esos otros seres. Digo casi todos porque los bebés miran y escuchan tevé pero no son escuchados ni mirados por ella, por ejemplo.

Esas relaciones son estrictamente necesarias para el desarrollo y la evolución de los chicos, para sentirse acompañados y para poseer algo. Precisan crear relaciones concretas con todo ese mundo y no solamente relaciones imaginarias, alucinadas, fantásticas, soñadas. Conectarse con aquellas personas, seres y cosas que lo rodean le asegura al bebé que habrá algo fuera de él que oriente su impulso a tocar, mirar, a sonreír, a morder o a apretar.

O sea, la responsabilidad del entorno y las relaciones sociales o de las relaciones con otros es fundamental para la tranquilidad del bebé y también para entrenarse en sentir rabia, hostilidad, necesidad de atacar a lo que le produce frustración, y también amor. Si nos hacemos cargo de esta complejidad podremos reconocer de qué manera está formándose la mente y la vida psíquica de los bebés; este aprendizaje inicial posiblemente deje su marca para otros aprendizajes futuros; de este modo, poco a poco, el funcionamiento mental adquirirá autonomía respecto de la madre que, progresivamente, dejará de ser imprescindible como sucedió con la placenta y con la mochilita.

Abuelos y abuelas

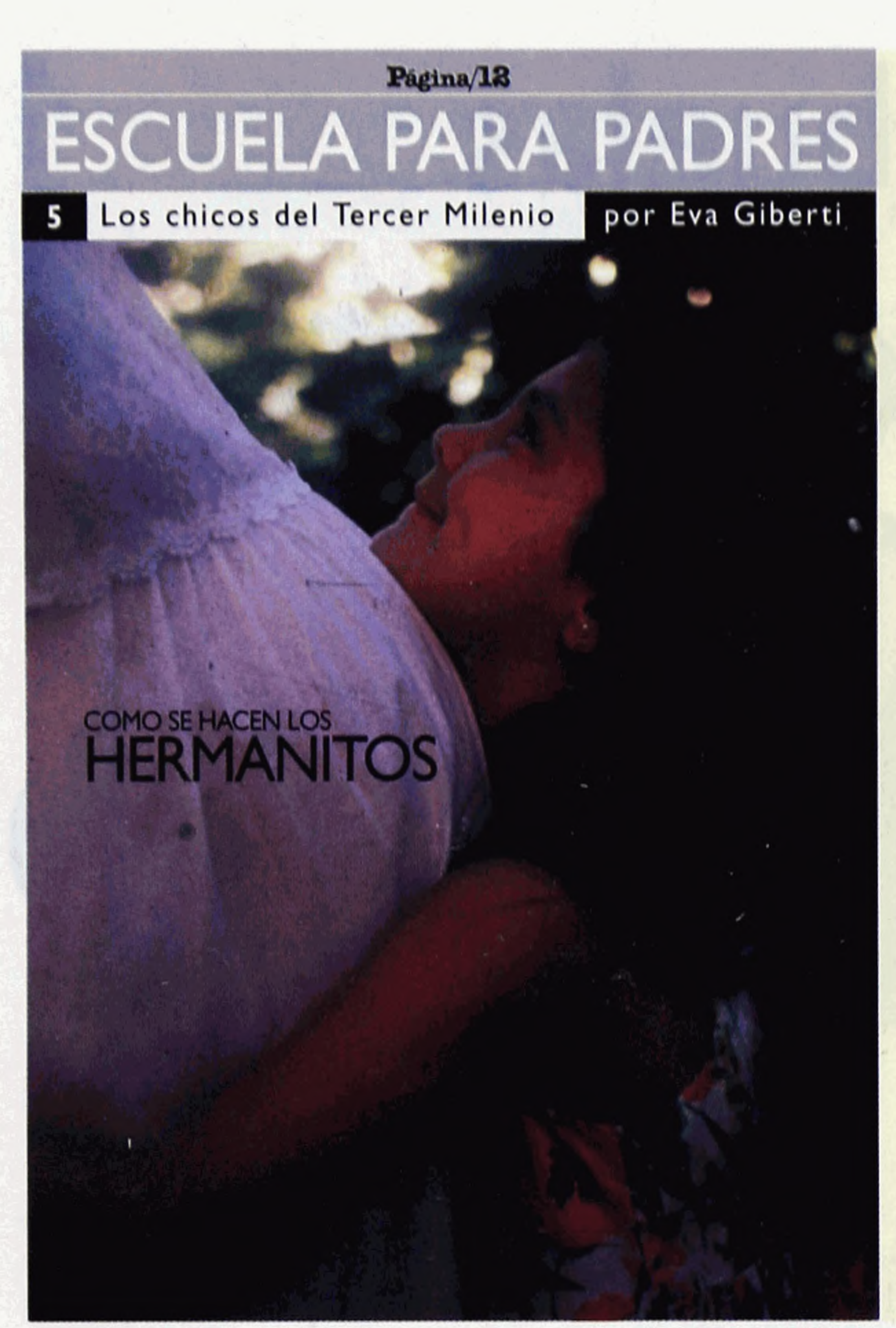


Después de un nacimiento, los abuelos se enfrentan a la necesidad de reconstruir la relación, en realidad el vínculo con sus hijos –ahora con categoría de padres– y, al mismo tiempo, de introducir en su órbita familiar, de manera consanguínea, la presencia de otros, ajenos y desconocidos: la familia de la pareja del hijo que se incorpora en el bebé mediante la herencia de los cromosomas. Los detalles de esta nueva situación -.compleja y difícil– son, en general, desconocidos, ya que la familia queda obnubilada por la alegría que traen los nacimientos. Sin embargo, junto con esta plenipotencia de la alegría se desarrollan alternativas que ponen en evidencia las diferencias culturales entre las familias de la mujer y la del varón. Por ejemplo: mientras la madre de la gestante insiste con el tipo de pañales que el bebé debería utilizar, la suegra cuenta que ella crió a su hijo –ahora el padre del bebé– con pañales de tela, y no descartables. Porque "los descartables tienen al bebé apretado y son todos de fibra sintética". Criterio revocado por la otra abuela, la madre de la parturienta: "Sí, pero así no hay que estar lavando pañales. Mi hija no puede estar lavando y planchando pañales. Los bebés se acostumbran y no les pasa nada". Este diálogo, aparentemente inofensivo, en realidad está creando un espacio simbólico –que no es visible ni consciente– en el cual se desarrollarán los nuevos vínculos entre el bebé y sus padres. Este espacio simbólico no solamente resulta de la relación entre los miembros de la familia, sino que constituye parte del contexto en el cual los abuelos adquieren enorme importancia. El contexto está formado por la atmósfera, el clima familiar (tensiones o bienestar que incluye a los familiares y a las personas que se encuentran en la casa), los espacios físicos (habitaciones, muebles, ventanas, luces, olores, sonidos), las actividades que se desarrollan y los efectos del exterior urbano o conurbano o campesino (barrio, casas, rutas, autopistas, vías de tren, etc.). Cuando las parejas advierten un clima de tensión entre las dos abuelidades, será conveniente que piensen en la importancia que estas abuelas y estos abuelos tienen para recrear el "afuera" del bebé, el contexto en el que se desarrollarán las operaciones simbólicas del pensamiento y la puesta en acto de su vida emocional.

Las abuelas actuales ya no se enfrentan por los mismos motivos por los cuales solían hacerlo antes, posicionadas a veces como representantes de dos clanes enemigos, a pesar de la cordialidad con que la buena educación regulaba sus saludos. Hoy en día se las ve como mujeres preocupadas por mantener su estética, repitiendo constantemente: "Que consulte al pediatra". La delegación al pediatra y a los psicólogos es una característica de la época y las abuelas por lo general eligen "meterse lo menos posible".

En materia de abuelos y abuelas, una novedad reside en el estilo con el cual ocupan el nuevo espacio psíquico que se creó en la familia debido al nacimiento del bebé. La alegría que el nieto o nieta produce puede quedar interferida por un inesperado sentimiento de vejez que ellas o ellos no esperaban, ya que no sentían de ese modo.

Y en algunas oportunidades se genera otra situación conflictiva: "Yo ya le dije a mi hija: al bebé lo cuidás vos. No creas que te vas a ir a estudiar o salir con tu marido y me lo van a dejar. Para eso lo tuvieron". El intento de defenderse de la posible decisión de la hija, solicitándole ayuda, sugiere una lectura paranoide de su abuelidad: ni el bebé ni la hija podrían considerarse "perseguidores", como sucede en los cuadros paranoides, pero esa persecución se establece en ella misma frente a la propia lectura de su abuelidad. Lo que la "persigue" es sentirse abuela, saberse abuela. Este desencuentro generacional es típico de la época; ¿por qué desencuentro? Porque hace décadas las abuelas ocupaban la mayor parte de su día dedicadas a tareas dentro de su propia casa, y a ellas podía recurrir la madre joven. Hoy no sucede de ese modo. Es verdad que no todas las abuelas se "quedaban en casa", pero admitamos que así ocurría con un porcentaje significativo.



EN EL PROXIMO FASCICULO

Mamá está embarazada, ¿Cómo se lo explicamos al hermano mayor?

Las trampas de la metáfora de la semillita.

La información que los padres necesitan actualizar.

El festejo de la pasión de la pareja parental.

Los celos del hermano, la culpa que sienten los padres.

El cumpleaños: Una celebración que revive el nacimiento.